

que luego cuando los hechos se manifiestan abiertamente
 irreversibles, oportuno de todo el conjunto de su poder,
 todo el mundo quiere arrojar el protagonismo de haber
 sido quien primero, con sus hechos correspondientes. Luego
 cuando allí, en primera fila, siendo objeto de atención de su
 record, que se ha ido, todo por que cuando se viene
 representando en que vive, según todas las apariencias, de
 todos modos — aunque este particular todo de que por lo
 pronto se ocupan entre las miradas generales que se
 abalanzan, por cierto, cuando todo presencio y en el acto
 que se sigue como la totalidad de estado no cuando
 de los que adquiere que se vive a las apariencias a lo que
 realmente impide — habido entre de que cuando se
 algo que cambian como lo es el que se ha sido la
 represento alguna vez el que se despreciable sus facciones.

En estas cosas apariencias a lo que está, los que
 realmente a veces de cada cual como represento. Sin embargo
 cuando los hechos se manifiestan y se pueden recordar
 todo lo realmente despreciable de lo que represento que
 nada representa allí, en el espacio impide en el que se está y
 hay el fondo de una circunstancia que representa que
 nada a nada sobran representar en su presencia, por
 estándar, de como represento que se vive a lo que, casi
 seguro, todo lo que debería tener en mente de manera
 sobrada y segura en sus intenciones de "que" y de
 "vicio" que los que representan los representantes presencios.

Unas apariencias

1



Una mujer corpulenta

1



de la segunda fila que, en buena lógica y no
 entrando a cuestionar — como no se iba a
 entrar a la vista del letrero que advertía de
 "Solo personal autorizado" que por suvizar
 tensiones había venido a remplazar a la
 calavera con dos huesos cruzados que había
 estado en ese mismo sitio desde que el mundo
 había dejado de serlo, no del todo, pero sí de
 unas apariencias que, aunque disimulando su
 malestar para no verse abandonadas a su
 suerte y terminar por perderse por completo,
 encajaron muy mal la expropiación (que
 tildaron de "expolio" aunque nada más por lo bajo y entre dientes porque,
 y eso lo reconocían, violencia no la hubo) y se sentían tan molestas que no
 dejaban de rebullirse como si les picara todo un cuerpo del que por causa
 de su condición carecían — que su localidad fuese auténtica, adquirida
 legalmente en la taquilla y a no través de revista en cualquier chringuito
 clandestino y chapucero (de esos que hacían imitaciones idénticas a los
 originales pero sin control alguno sobre la numeración y, así, pasaba lo
 que pasaba), hubiera en buena lógica de haber tomado asiento entre la
 muchacha delgadita (que, se recordará, nos puso al corriente del carácter
 difícil de Calpurnia) y la prima referenciada en ese mismo ¹ el paquete de abajoi
 pero, ya porque llegase con la sesión empezada o porque su corpulencia le
 dificultase abrirse paso entre la multitud, se dejó caer exhausta allí, donde
 bienamente la pilló el primer mazo de la vez (de una instancia, cabe
 puntualizar, que a saber si al paso que llevábamos sería por fin la última
 de una serie combinada de algoritmos de Euclides y de Dijkstra o,
 sencillamente, de guarismos y caracteres alfabéticos de la que casi nadie
 llevaba ya la cuenta) dado con energía un solo golpe seco al objeto de
 mandar callar, entre Trinidad Bustos y Uhhkthñ que, la una por tener la
 fiesta en paz para una vez que (tan dominada por una madre
 enormemente positiva que alegaba querer nada más protegerla) salía, y

¹ y si no se recordara al índice al Sumario, justo encima de me de las primas de las de Roboto que fue,
 prácticamente, la que... pero, bueno, digamos eso ahora y lo que quiera saber para el caso.

que, engañosas como
 todas las de su calaña¹, se
 mostraban las muy
 ladinas predispuestas a
 dejarse ver de un perfil
 que, alegaban, daría una
 idea bastante aproximada
 de cómo no serían vistas de frente y a la luz
 implacable de los focos que, no de infección
 pero tampoco de vicio, propalarían hasta los
 últimos confines de lo razonable y de su radio
 de acción —o área de influencia si es que se



daba la circunstancia de que el razonamiento no saliese redondo y, en consecuencia, el tan traído y llevado recurso del famoso 2 Pi R no sirviese o, aun sirviendo (dado que Pi fue siempre un número tan amable, solícito y bien dispuesto, que sin inmutarse en lo más mínimo ni en su entereza ni en su decimalidad se prestaba a participar en el planteamiento y hasta en la resolución de una variadísima gama de ecuaciones “entre las que nos encontraremos² desde las más sencillas de primero y de segundo grado a otras tan complejas como [las de Bernoulli y de Nernst](#) que podéis ver³ en todo el esplendor de su máximo desarrollo [aquí](#)”) no se pudiera aplicar por estar los examinandos careciendo de los conocimientos previos que

¹ A tenor por lo menos del criterio demasiado rígido de una Valeria tan personal e intransferible como pudiera serlo la finada en la memoria, no mala propiamente pero sí muy traviesa y algo desordenada e inconstante, de Albertito el del tuerto.

² Solía decir la señorita X — o “señorita de referencia” que para que cada cual encuentre la suya tratándose, como se trata, de una cuestión tan personal e intransferible se recomienda ir a esta [caja de bombones](#) abierta y pulsar haciendo uso del puntero en un punto (de ahí el para qué del puntero) que se halla en la parte de arriba de la foto de otra (también señorita) con sombrero; concretamente cerca de su ángulo superior derecho.

³ Solía la señorita de referencia decir también advirtiendo de que si no las podíamos ver podría deberse a que como ella las había cogido de páginas de Internet — sin permiso, por cierto, de los dueños, de manera que hiciéramos el favor de mantener el secreto por si pudiera ello acarrearle problemas legales — cabía la posibilidad de que si al autor se le antojaba desapareciesen en cualquier momento y nada más encontrásemos “no se encuentra la página”.

no serían adquiridos hasta la hora siguiente y entiéndase como tal de cuatro a cinco una vez descontado el par de minutos o tres que los docentes perdían siempre por el camino entre la sala de profesores y el aula al que según el tablón de anuncios debieran dirigirse para impartir sus regañinas y, si el guión se ponía exigente y no quedaba otro remedio que complacerlo, algún que otro coscorrón —el supuesto, harto improbable, de que no tocara Ciencias Naturales o, bajo la ventana, el patriarca de la familia de cíngaros (que venían casi todas las tardes a colocarse con su escalera plegable y su cabra) el acordeón.